# El celibato es la respuesta, no el problema

Publicado: Miércoles, 06 Marzo 2019 13:20
Escrito por Carter Griffin

*Muchos católicos, incluso los más fieles, parecen haberse rendido respecto al celibato sacerdotal*

En nuestra era revolucionaria post-sexual muchos ven el celibato como una represión poco saludable de los impulsos sexuales, fomentando la epidemia de abusos del clero en la actualidad. De acuerdo con esta línea de pensamiento, si queremos deshacernos del abuso clerical, debemos deshacernos del celibato.

Es una solución que, en palabras de un crítico literario, es "ordenada, plausible e incorrecta".

El celibato no es el problema. El abuso sexual clerical no es causado por el celibato así como el adulterio no es causado por el matrimonio. Ambas son violaciones de promesas sagradas, promesas por las cuales el Señor garantiza su ayuda para vivir fielmente. Para decirlo de otra manera, permitir que los sacerdotes se casen no evitaría las transgresiones sexuales. El matrimonio lamentablemente no es ajeno al escándalo o al abuso sexual.

El problema no es el celibato, pero el celibato se vivió *mal*. Es causado por sacerdotes que no viven *castamente*. La respuesta adecuada no es eliminar el celibato, sino exigir que los sacerdotes, como las



Phoca PDF

personas casadas, cumplan con su vocación.

De hecho, el celibato en sí mismo es un regalo precioso e insustituible para la Iglesia. Por lo general, se define negativamente como "no casarse". Pero es una opción positiva, una forma poderosa de amar con un propósito único y una apertura de corazón única. Permite a un sacerdote vivir su paternidad espiritual con particular fuerza y eficacia.

Los beneficios espirituales del celibato sacerdotal han enriquecido a la Iglesia e incluso a la cultura en general durante siglos. Si se eliminara el celibato en este momento de exasperación, no solo no resolveríamos el problema del abuso sexual, sino que también privaríamos a las futuras generaciones de innumerables gracias de paternidad espiritual que nos llegan a través del celibato sacerdotal.

¿Cómo, entonces, explicar la actual tormenta de escándalos? La historia no es bonita, pero hay buenas noticias al final.

En primer lugar, durante décadas hubo un escrutinio sorprendentemente pequeño para los hombres que ingresaban en la formación sacerdotal. Una demostración de aptitud académica y la recomendación de un pastor solían ser suficientes. No hay investigaciones exhaustivas sobre el carácter moral y la madurez espiritual, no hay referencias, no hay examen psicológico.

La Iglesia insistió repetidamente en que los hombres con inclinaciones homosexuales persistentes no deben ser admitidos en el seminario (el último documento oficial que lo abordó, por cierto, fue aprobado por el Papa **Francisco** en 2016). Sin embargo, tales hombres fueron admitidos en gran número.

La mayoría de los sacerdotes con atracciones del mismo sexo, por supuesto, no son culpables de abuso sexual y viven fielmente. Aún así, la gran mayoría de los casos de abuso de sacerdotes involucran el abuso homosexual de niños y hombres jóvenes. A pesar de lo controversial, la sabiduría de la Iglesia para resolver este tema se ha vuelto muy clara con el paso del tiempo. Por ignorarlo, esto ha tenido consecuencias devastadoras en las vidas de miles de hombres jóvenes durante varias décadas.

En segundo lugar, los seminaristas durante años recibieron una formación lamentablemente inadecuada para el celibato casto. Según el testimonio de los sacerdotes formados en aquellos años de turbulencia, principalmente en los años 70 y 80, la vida interior y las prácticas ascéticas necesarias para sostener una castidad saludable no fueron ampliamente inculcadas. Muchos hombres incluso fueron ordenados bajo



Phoca PDF

la falsa impresión, reforzada por el seminario, de que pronto se eliminaría el requisito del celibato.

En algunos seminarios, las culturas depravadas de la licencia sexual entre los seminaristas corrompieron a los jóvenes vulnerables o expulsaron con disgusto a los que buscaban la virtud. Para empeorar aún más las cosas, en muchos seminarios la disidencia teológica y la experimentación litúrgica eran desenfrenadas, lo que llevó a un doble estándar hipócrita que los hombres llevaban con ellos al sacerdocio.

La infidelidad intelectual engendra invariablemente la infidelidad moral. Si puedo adaptar la enseñanza de la Iglesia a mis propias opiniones, preferencias y caprichos, ¿por qué debería limitarse esa arrogancia a las proposiciones dogmáticas y las normas litúrgicas? ¿Por qué no también los preceptos morales? La disidencia que se mantuvo durante décadas en las facultades de teología ha tenido un costo devastador en la Iglesia, no solo en la confusión doctrinal y litúrgica, sino también, diría yo, en el abuso sexual.

Finalmente, una vez ordenados, algunos sacerdotes que crecieron en este clima de laxa duplicidad fueron, como era de esperar, infieles. Y sus superiores rara vez los censuraron de manera significativa. Algunos fueron transferidos repetidamente a nuevas tareas; casi ninguno fue expulsado del sacerdocio. Muchos obispos perdieron sus nervios y su confianza en sí mismos. La magnitud de la corrupción clerical fue una dolorosa vergüenza para los obispos y, como resultado, surgió una cultura de profundo secreto que ahora está saliendo a la luz.

Eso, gracias a Dios, no es el final de la historia. Muchos sacerdotes y obispos, contra todo pronóstico, se mantuvieron fieles a lo largo de esas décadas sombrías, y hoy honramos su testimonio heroico. Luego vino el documento histórico de 1992, *Pastores Dabo Vobis*, en el que **San Juan Pablo II** propuso un retrato vigorizante del sacerdocio y de la formación en el seminario.

En los años siguientes, se implementó de manera desigual en todo el mundo, pero la tendencia ascendente en la calidad de la formación fue inconfundible. Los estándares de admisión en la mayoría de las diócesis han aumentado y la calidad de la formación en la mayoría de los seminarios ha mejorado drásticamente. Aunque muchos de los nuestros no se dan cuenta, la reforma del clero comenzó hace más de dos décadas.

Todavía hay trabajo que hacer. Dado que el celibato sacerdotal es una forma privilegiada de vivir la paternidad espiritual, debemos continuar mejorando nuestra selección y formación de futuros


Phoca PDF

sacerdotes a la luz de esa paternidad. Deben tener una identidad masculina segura y un deseo normal y saludable de matrimonio y paternidad, la capacidad madura de renunciar a estos grandes bienes para centrarse en la paternidad sobrenatural y poseer, o mostrar aptitud para, las cualidades y virtudes humanas de los mejores padres naturales.

Una vez ordenados, los sacerdotes deben ser sometidos a los más altos estándares de castidad. Las violaciones deben abordarse de manera coherente, rápida y justa, con la seriedad que corresponde a una grave violación de la confianza en contra de la familia espiritual. La castidad, serena, profunda y gozosa, al servicio de la paternidad sacerdotal, es sin duda el camino hacia una reforma genuina en el sacerdocio.

Los médicos medievales, con las mejores intenciones, a menudo trataron las enfermedades al drenar la sangre de sus pacientes, privándolos sin darse cuenta de los nutrientes que necesitaban para recuperarse. Aquellos que buscan curar la enfermedad del abuso sexual en la Iglesia al drenarla de la gracia del celibato harían poco por curar la enfermedad y privarían al Cuerpo de Cristo de los nutrientes espirituales necesarios para recuperar la salud.

Si deseamos abordar el problema del abuso sexual por parte del clero, debemos comenzar por esperar la misma fidelidad de nuestros sacerdotes que esperamos de todos los demás, y pedirles que acepten, a través del don del celibato, las bendiciones de paternidad sacerdotal que necesitamos. Hoy más que nunca.

***Carter Griffin, en*** catholiceducation.org.



Phoca PDF